

Uruguay en la nueva ola de las izquierdas latinoamericanas

La llegada por vez primera de la izquierda al gobierno de Uruguay es un acontecimiento histórico. Este fenómeno responde a ciertos factores ideológicos y políticos nacionales muy específicos y conjuga las expectativas de una ciudadanía esperanzada, ansiosa de cambios, con algunos factores coyunturales de alcance regional e incluso mundial. La victoria del Frente Amplio y de Tabaré Vázquez sigue una tendencia latinoamericana que suscita preguntas inquietantes.

Rodrigo Arocena

Presentación

El viraje de varios gobiernos latinoamericanos hacia la izquierda prolonga la versión regional de la «Tercera Ola» de la democratización (Huntington). Las luchas contra la dictadura fueron heredadas y continuadas por las resistencias al neoliberalismo. El neoliberalismo irrumpió a su vez cuando todavía gobernaban algunos regímenes militares y, al igual que aquéllos, apuntó hacia una creciente desigualdad. A medida que avanzaba su predominio durante la década de los 90, se fue haciendo cada vez más notorio en la región un «déficit democrático» (Carrillo). En este contexto, fuerzas ubicadas a la izquierda del centro

Rodrigo Arocena: profesor de Ciencia y Desarrollo en la Universidad de la República, Uruguay; sus dos últimos libros son: con Judith Sutz, *Subdesarrollo e innovación. Navegando contra el viento* (Cambridge University Press, Madrid, 2003), y con José Pepe Mujica, *Cuando la izquierda gobierne* (Mario Mazzeo editor, Trilce, Montevideo, 2003); @: <roar@fcien.edu.uy>.

Palabras clave: batllismo, Frente Amplio, izquierda, Tercera Ola, Uruguay.

avanzaron electoralmente, impulsadas a menudo por las secuelas de la inequidad social y de los fracasos económicos legadas por el neoliberalismo. La aspiración democratizadora, transformada en avance de la izquierda, se registra en varios países, aunque con rasgos fundamentales propios en cada uno de ellos. Este fenómeno resultó particularmente claro en Uruguay donde, fiel a lo que se reconoce como un estilo nacional, la izquierda democrática avanzó a un ritmo muy pausado y gradual, pero sustentada también en tendencias profundas, entre las que se destaca, en el nivel político, la afirmación de un partido de tipo original, el Frente Amplio (FA), y en el nivel ideológico, el nuevo aliento de los valores «batllistas», en los que se reconoce la mayoría de la población uruguaya. Ambas tendencias se retoolimentaron y confluyeron en el rechazo al neoliberalismo. El proceso, acelerado por una aguda crisis que llegó a su extremo en 2002, condujo a la victoria electoral, con mayoría absoluta, del FA y de sus aliados en las elecciones de octubre de 2004. En estas páginas recapitulamos algunas de las facetas de ese proceso y discutimos sumariamente las perspectivas del gobierno de Tabaré Vázquez, que entró en funciones en marzo de este año. El objetivo es contribuir con el análisis de las características del proceso uruguayo, que alterna entre lo común regional y lo específico nacional, y que, sobre todo, se mueve en la corriente de las izquierdas que gobiernan en buena medida el continente, que han transitado de una «matriz estadocéntrica» a otra «mercado-céntrica» (Cavarozzi) al tiempo que se insertaban precariamente dentro de una economía global basada en el conocimiento y en el dominio financiero.

***Fuerzas
a la izquierda
del centro
avanzaron
electoralmente,
impulsadas
por las secuelas
de la inequidad
social***

Una consolidación improbable

En el nivel político partidario, la emergencia del FA, partido único de todas las izquierdas, estable y flexible y con un eficaz desempeño electoral, constituye un proceso fundamental en el Uruguay contemporáneo.

El FA surgió entre 1970 y 1971 como respuesta progresista ante la afirmación conservadora y autoritaria del gobierno de la época, ejercido por el Partido Colorado. Se trataba de una suerte de «frente popular» –inspirado por antiguas experiencias y por la entonces reciente de la Unidad Popular Chilena– pero mucho más variado, pues lo integraban de una u otra forma no solo casi todas las fuerzas de izquierda sino también la democracia cristiana y sectores escindidos de los partidos tradicionales, Colorado y Blanco (o Nacional). La supervivencia de ese conjunto variopinto fue paradójicamente afianzada por la dic-

***A comienzos
de los años 90,
el FA se había
consolidado
como partido único
de la tradición
de izquierda uruguaya
y de la resistencia
a la dictadura***

tadura (1973-1985), que afirmó un sentir «frente-amplista» colectivo que sobreviviría a diversas tendencias centrífugas.

A finales de los años 80 fueron muchos los que pronosticaron la decadencia del último frente popular mientras Uruguay restauraba su democracia, el discurso de la izquierda tradicional predominaba en el FA y el bloque soviético se derrumbaba. Efectivamente, una importante escisión se produjo en 1989. Pero

en las elecciones de ese mismo año, el FA mantuvo su porcentaje electoral y, con la candidatura de Tabaré Vázquez –novel político pero destacado oncólogo y presidente del equipo de fútbol de una zona popular–, el partido consiguió su primera victoria relevante, la intendencia de Montevideo, donde vive más del 40% de la población uruguaya. El Partido Comunista se afirmó entonces como la primera fuerza de izquierda, cuya posterior implosión no debilitó al FA, sino por el contrario: bajo su gran paraguas permanecieron todos los fragmentos. En ese marco se fue elaborando una eficiente tecnología de resolución de conflictos que evitó toda escisión posterior. Tras efímeros intentos de renovación ideológica, el debate de ideas se atenuó y una amplia diversidad de posiciones logró convivir en una unidad afirmada en la historia común, el rechazo al avance neoliberal y el liderazgo de Vázquez.

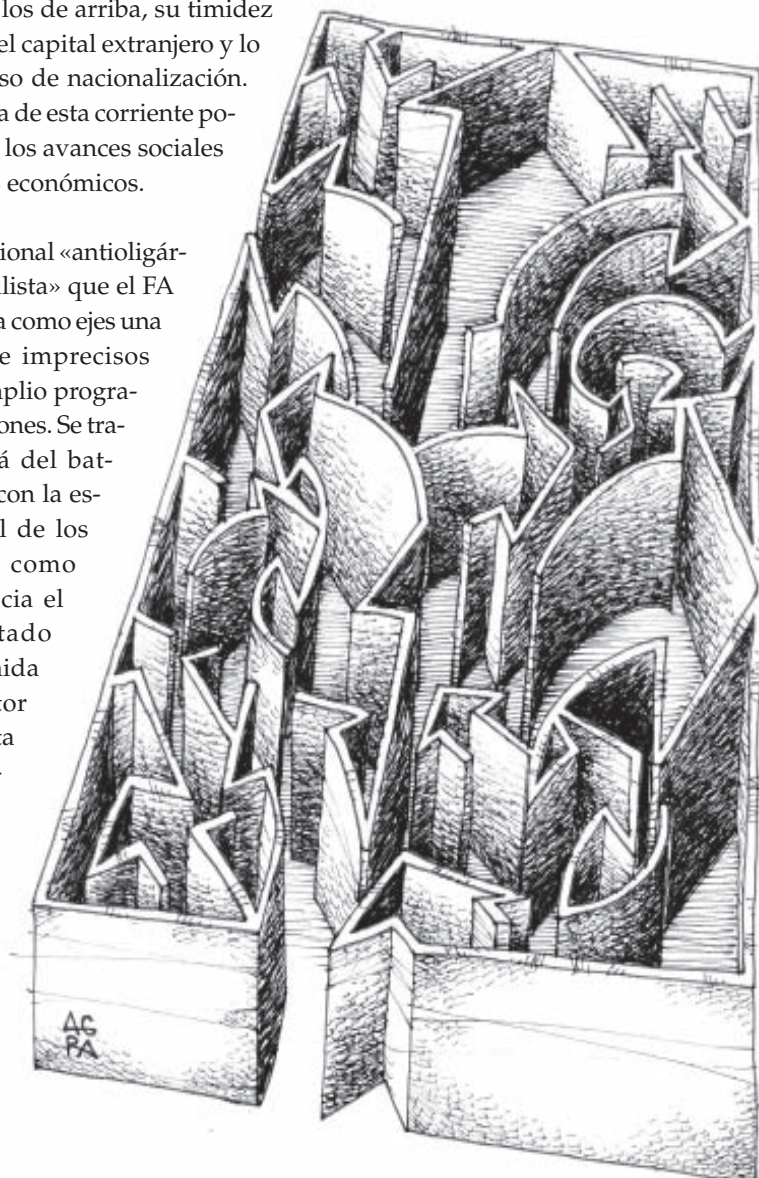
A comienzos de los años 90, el FA se había consolidado como partido único de la tradición de izquierda uruguaya y de la resistencia a la dictadura, galvanizado por las memorias de las luchas y los sufrimientos compartidos. Desde ese cimiento, su convocatoria se ampliaría sostenidamente.

Reencuentro uno: de la izquierda con el batllismo

Probablemente casi todos los países tienen motivos para reivindicar un carácter excepcional. El principal en el Uruguay es el del batllismo. Denominado así por José Batlle y Ordóñez, presidente de la República (1903-1907 y 1911-1915) y máximo dirigente del Partido Colorado durante largo tiempo, designa por lo menos tres cosas: 1) la corriente que ese dirigente fundó dentro de su partido; 2) un pionero Estado de Bienestar, construido durante las primeras décadas del siglo xx; 3) una ideología que resalta el papel del sector público en el arbitraje pacífico de los conflictos, en la protección social, en la disminución de las inequidades y en la defensa tanto de la producción nacional como del empleo.

En algún sentido, fue desde el batllismo que se proyectó un lento avance de las izquierdas uruguayas durante un largo periodo que culminó en la década de 1960. Éstas apoyaban gran parte de las reformas del batllismo, sus nacionalizaciones y sus estímulos a la industria, que democratizaban al país, ampliaban a la clase obrera y favorecían la sindicalización. Pero en la medida en que el batllismo perdía su impulso original, las izquierdas le reprochaban con énfasis creciente su intento de conciliar los intereses de los de abajo con los de arriba, su timidez ante el latifundio y el capital extranjero y lo parcial de su proceso de nacionalización. La pérdida de fuerza de esta corriente política limitaba tanto los avances sociales como sus respaldos económicos.

El programa fundacional «antioligárquico y antiimperialista» que el FA levantó en 1971 tenía como ejes una reforma agraria de imprecisos contenidos y un amplio programa de nacionalizaciones. Se trataba de ir más allá del batllismo, en sintonía con la estrategia tradicional de los frentes populares como avance gradual hacia el socialismo de Estado mediante la sostenida expansión del sector público. Cuando esta perspectiva se agrietó, el discurso de la izquierda se fue replegando hacia la defensa de los logros y las reivindicaciones típicas del batllismo. El momento era más que propicio para ello.



Reencuentro dos: del Uruguay con el batllismo

Se ha sostenido con sólidos argumentos (Filgueira et al.) que la historia de Uruguay en el último siglo puede dividirse, por encima de vueltas y revueltas, en dos etapas: 1) la que se caracteriza por la sistemática expansión del Estado, y que va desde el comienzo de la primera presidencia de Batlle y Ordóñez, en 1903, hasta 1959; y 2) la que se extiende desde este último año –cuando se inicia un gobierno del Partido Nacional (PN), primera derrota del Partido Colorado en el siglo xx y en una elección presidencial– hasta el presente, caracterizada por la paulatina disminución de la gravitación del Estado.

Durante la segunda etapa, la impronta batllista del Uruguay se fue atenuando. Esa tendencia cobró fuerza cuando el PN ganó la elección presidencial en 1989 con un discurso claramente neoliberal y con el propósito, explicitado por uno de sus jefes, de terminar con el Uruguay batllista. El nuevo gobierno logró la aprobación parlamentaria de una ley de privatización de las telecomunicaciones. El texto, aunque muy tímido para un contexto continental donde ya prevalecía el consenso de Washington, apuntaba en esa dirección.

Pero la constitución uruguaya ofrece posibilidades para que una ley sea sometida a referéndum. Aunque las exigencias para ello no son pocas, el FA y los sindicatos disponían de la experiencia y de la capacidad de movilización necesarias para llegar a la consulta popular. Esta se planteó en 1992 y más del 70% de la ciudadanía rechazó la ley. La tendencia mayoritaria se ha mantenido consistentemente, como lo demuestran las encuestas sobre el papel del Estado y lo ratificó, en diciembre de 2003, otro referéndum, que derogó una ley que posibilitaba la asociación de la empresa estatal de combustibles con capitales privados.

Convocado por la izquierda, el Uruguay batllista reapareció en el centro de la escena. E, ideológicamente, allí se mantiene.

Desencuentros: del batllismo con su partido de origen

La elección presidencial de 1994 fue prácticamente un triple empate. La ganó el Partido Colorado con el 31% de los votos; segundo llegó el PN; Tabaré Vázquez obtuvo el 30%, como candidato del FA. El FA había conseguido el 21% en los comicios precedentes y en esa ocasión había constituido una nueva coalición –el Encuentro Progresista–, con la que recuperó algunos de los aliados perdidos en 1989 y consiguió otros.

Para la dirigencia de los partidos tradicionales se hizo obvio que, en ese marco, la izquierda ganaría la instancia siguiente. Por esa razón impulsaron una reforma constitucional que estableció que se celebrara la segunda vuelta para los dos candidatos más votados de una elección presidencial en caso de que ninguno obtuviera la mayoría absoluta. El mecanismo permitiría a los partidos tradicionales sumar sus votos en el balotaje y dio los resultados esperados por sus propulsores en 1999. Entonces Tabaré Vázquez alcanzó la mayoría de votos (40%) en la primera vuelta, pero fue derrotado en la segunda por Jorge Batlle, candidato del Partido Colorado apoyado en el balotaje por el PN.

La crisis llegó a su pico en 2002, cuando cundió el hambre, el desempleo rozó el 20% y la producción cayó en una proporción del 14%

Al Partido Colorado le correspondió así encabezar el Gobierno durante 15 de los 20 años posteriores a la dictadura, durante los cuales –entre marchas, contramarchas y activas resistencias sindicales y de la izquierda– el papel del Estado disminuyó considerablemente en la economía y en la sociedad en general. Un ejemplo significativo entre varios otros fue el abandono del papel que la ley le asigna al sector público en la promoción de las negociaciones por sector entre sindicatos y empleadores. Desde sus lejanos inicios en la política, y sin desmedro de su pertenencia a la familia del fundador del batllismo, Batlle ha mantenido un discurso nítidamente «mercadocéntrico». Se destacó en su gobierno más por los dichos que por los hechos. Sus políticas no evitaron la crisis, más bien la agravaron. La crisis llegó a su pico en 2002, cuando cundió el hambre, el desempleo rozó el 20% y la producción cayó en una proporción del 14%. Entre los sectores menos favorecidos se acentuó fuertemente el sentimiento de que el Estado los había abandonado a su suerte. Cuando la crisis assolaba al Río de la Plata y golpeaba más fuertemente a Argentina, donde las resistencias al neoliberalismo habían sido menos efectivas que del otro lado del río, no poco variaban las opiniones acerca de la combinación deseable entre mercado y Estado en Uruguay. Sin embargo, una clara mayoría se oponía al desmantelamiento del Estado batllista que, en forma parcial, había llevado a cabo el propio Partido Colorado, en cuyo seno surgieron la política y la ideología batllistas.

Tiempo de virajes

Los temores de que la política económica de un eventual gobierno de izquierda desencadenara una crisis se revelaron pronto sin sentido. La gestión del gobierno del presidente brasileño Luiz Inácio «Lula» da Silva –cada vez más elo-

***Desde mediados
 de la década
 de 1950
 Uruguay
 no había conocido
 prácticamente
 periodos duraderos
 de optimismo***

giada por las instituciones financieras internacionales (IFIs) a la vez que reivindicada por el FA—apuntó en la misma dirección. La recuperación productiva en 2004, que superó las expectativas, se sintió poco en los salarios pero hizo presumir que la izquierda no se vería impulsada a adoptar los cambios drásticos que había reivindicado en el pasado. En plena campaña electoral, encabezando las encuestas pero sin tener asegurada la mayoría absoluta, Vázquez anunció que su ministro de Economía sería Danilo Astori, político destacado cuyas posiciones moderadas habían sido minoritarias durante muchos años en el FA y que era visto por el empresariado y las IFIs como garantía de una cierta continuidad. A su vez, Vázquez fue eliminando de su discurso, gradual pero sistemáticamente, sus planteamientos más «estado-céntricos» y sus afirmaciones más polémicas, eficaces para convocar a la militancia pero que ponían en riesgo el voto centrista. Por su parte el PN, segundo en las intenciones de voto, viró hacia un discurso que fue calificado de «fotocopia» del esgrimido por el FA. Mientras, el Partido Colorado se hundía en las encuestas.

El rechazo frontal al gobierno anterior, la relativa recuperación económica y la amplia coincidencia en torno de una sensibilidad de centro-izquierda (el «batllismo posible», diríamos) suscitaban esperanza en los cambios necesarios para empezar a mejorar paulatinamente. Nadie como la izquierda y su candidato podían encarnar esa esperanza. La dirigencia del FA, fogueada y pragmática, manejó con gran eficiencia los tiempos de la campaña electoral. Hacia el final de ésta, sus adherentes —jóvenes la mayoría, galvanizados por las memorias de una larga lucha que llegaba a su fin— tiñeron con los colores del entusiasmo a un país por lo general anímicamente gris. En las elecciones del 31 de octubre de 2004, por primera vez en la historia nacional no triunfó uno de los partidos tradicionales, sino la coalición de todas las izquierdas, denominada Frente Amplio — Encuentro Progresista — Nueva Mayoría. Vázquez obtuvo la mayoría absoluta en la primera vuelta.

Un país desconocido: el Uruguay optimista

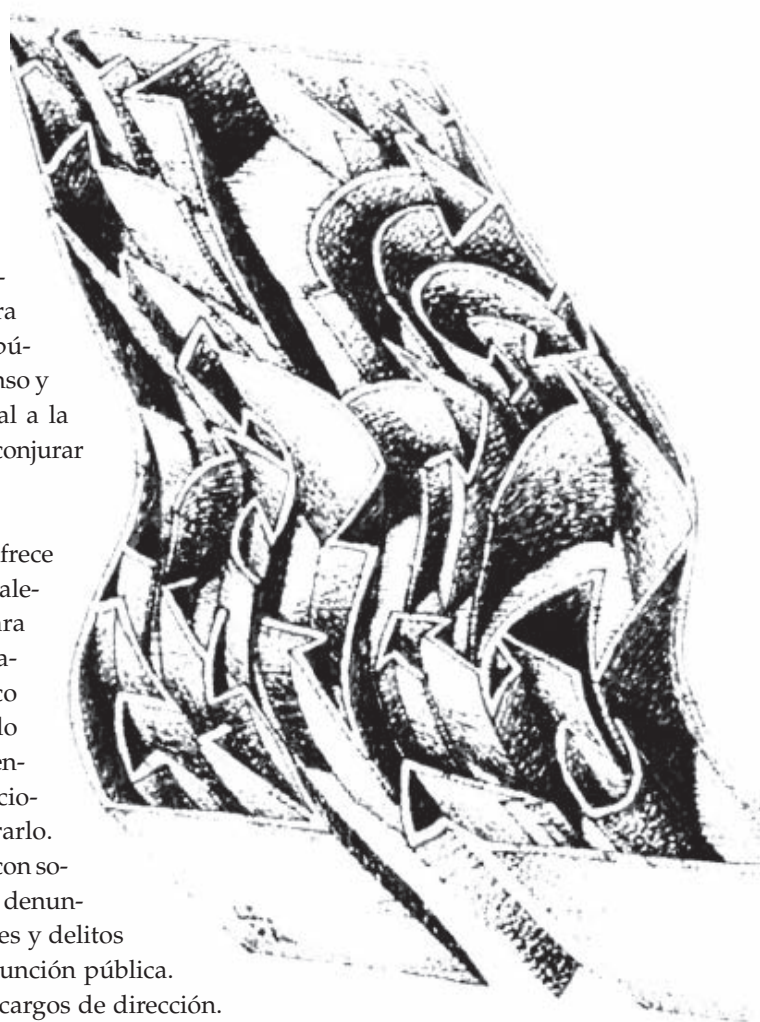
Desde que a mediados de la década de 1950 el modelo batllista empezara a resentirse, Uruguay no había conocido prácticamente periodos duraderos de optimismo. Y el optimismo es hoy el estado de ánimo dominante. Aunque el endeble aparato productivo haya emergido de la crisis duramente golpeado,

las carencias sociales se hayan multiplicado y el aparato estatal se encuentre bastante desvencijado, se registran no obstante señales prometedoras.

Las exportaciones uruguayas se expanden apreciablemente, una vez más impulsadas por el incremento de los precios internacionales de ciertos bienes primarios. Tras años de estancamiento, la producción crece en América Latina, a donde retornan las inversiones. En ambos aspectos, las predicciones predominantes son auspiciosas para Uruguay. Las refuerzan tanto las buenas relaciones con las IFIs como la nueva sintonía con varios gobiernos de la región (Argentina, Brasil y Venezuela) y respaldos de diverso tipo.

Casi todo el país mira con gran expectativa el «proyecto estrella» del gobierno de izquierda: el Programa de Atención Nacional a la Emergencia Social. Se pretende lo que gobiernos anteriores ni siquiera intentaron: un esfuerzo público especialmente intenso y una convocatoria general a la colaboración social para conjurar la indigencia.

El cambio de régimen ofrece una oportunidad sin paralelo en nuestra historia para «oxigenar» el aparato estatal, iluminando su opaco funcionamiento, saneando vicios y corruptelas, abriendo espacios para los funcionarios que quieren mejorarlo. Durante largo tiempo, y con sobrada razón, la izquierda denunció ineptitudes, omisiones y delitos en el desempeño de la función pública. Gente nueva llega a los cargos de dirección.



Se espera de ellos más honestidad, capacidad, laboriosidad y, fundamentalmente, mayor sensibilidad social.

En tal contexto, según encuestas realizadas, el 60% anticipa que la situación económica mejorará sensiblemente, cifra que hace tiempo no se registraba, y un 80% aprueba la gestión de gobierno. El optimismo colectivo es un pronóstico que se promueve a través de nuevos esfuerzos e iniciativas necesarias en un país de población envejecida y donde no menos de la mitad de los niños ha llegado a vivir en la pobreza.

Algunas cuestiones urgentes

Diversos analistas anticipan que la «luna de miel» que la opinión pública concede en sus inicios a todo gobierno será esta vez más intensa y extensa de lo habitual. En lo que efectivamente suceda, incidirán varias cuestiones apremiantes. Aquí cabe solo rozar algunas de las que pronto generarán impacto.

En materia de ingresos y gastos, a corto plazo deberá llegarse a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, principal acreedor del país, a fin de refinanciar los abultados vencimientos previstos para este año. Para ello hará falta mantener un superávit fiscal no menor al 3,5% del PIB. En este contexto de restricciones, pero también de expectativas acumuladas, se elaborará durante los siguientes meses el presupuesto para el próximo quinquenio. Así se pondrá a prueba la capacidad de gestión gubernamental tanto en materia de recursos como de establecimiento de relaciones con sectores específicos, que constituyen bastiones de la izquierda (funcionarios públicos y de enseñanza pública).

Entre los múltiples sectores que esperan recibir mayores recursos de inversión pública figuran las cárceles, que no tienen capacidad para más de 3.000 reclusos pero en las que hoy se hacían más de 7.000 en condiciones que, según el propio gobierno, violan los derechos humanos. Se manejan dos líneas de acción paralelas: una muy costosa, construir nuevas cárceles, y otra que apelaría al otorgamiento de libertades anticipadas y a la disminución o sustitución de penas. Esta última línea de acción genera la inquietud de una eventual alza de la tasa de delincuencia, fenómeno que podría ser aprovechado por la oposición para suscitar tensos debates y para recuperar posiciones políticas.

Los derechos humanos también forman parte de la agenda inmediata, sobre todo en lo que concierne al terrorismo de Estado practicado durante la dictadura, cuestión en la cual Uruguay ha hecho muchos menos esfuerzos que otros

países latinoamericanos que sufrieron el mismo flagelo. El día que asumió la presidencia, Vázquez se comprometió a esclarecer ciertos casos emblemáticos. Desde 1996, todos los 20 de mayo una gran manifestación recorre el centro de Montevideo. Esta manifestación reclama esclarecer el paradero de los detenidos (desaparecidos) del régimen militar. Este año, esa fecha tendrá una significación muy especial para el balance de los primeros meses del gobierno de la izquierda.

Prospectiva telegráfica

Lo que importa saber es si el optimismo se afianzará más allá de la coyuntura. Para contribuir a la reflexión en pocas líneas, haremos una drástica simplificación: esbozaremos escenarios alternativos considerando, de las numerosas «variables» que correspondería tomar en cuenta, una sola: el «factor exterior». Tal esquematismo tiene una justificación: por un lado, la subordinación externa del país (ilustrada por su altísimo endeudamiento con las IFIs) y su dependencia de frágiles mercados de exportación crecieron bruscamente durante la crisis, mientras que la recuperación en curso se alimenta sobre todo de las favorables influencias del exterior; por otro lado, entre los factores internos gravitantes, no se divisa uno cuya evolución pueda alterar drásticamente, para un lado o para otro, el curso próximo de las cosas. Hay un consenso bastante amplio en materia económica y social. El nuevo gobierno se propone cambios en casi todas las áreas, pero no cambios drásticos sino muy graduales. Sus personeros son políticos duchos y prudentes, de los que no cabe esperar arrebatos ni mayores errores. Así, y aunque de manera unilateral, tal vez no sea inútil dirigir una mirada al futuro desde el condicionamiento externo, lo cual dibuja un «continuo» de posibilidades más o menos favorables que pueden clasificarse, como sigue, en tres alternativas. Anotamos primero las dos polares y luego la intermedia.

Escenario oficial, optimista y progresista. Las IFIs y el Gobierno coinciden hoy en un pronóstico alentador, que permitiría combinar continuidad en la política económica con progreso social. Este pronóstico se concretaría en un acuerdo pronto y favorable con el FMI, en el mantenimiento de precios altos y en la mayor apertura de mercados ricos para las exportaciones tradicionales así como, fundamentalmente, en un elevamiento sustancial de la inversión privada externa, meta central del ministro Astori. La etapa actual de mejoría económica en América Latina daría lugar a un crecimiento sostenido del Uruguay, sin cambios mayores de su estructura productiva ni de su inserción externa. Socialmen-

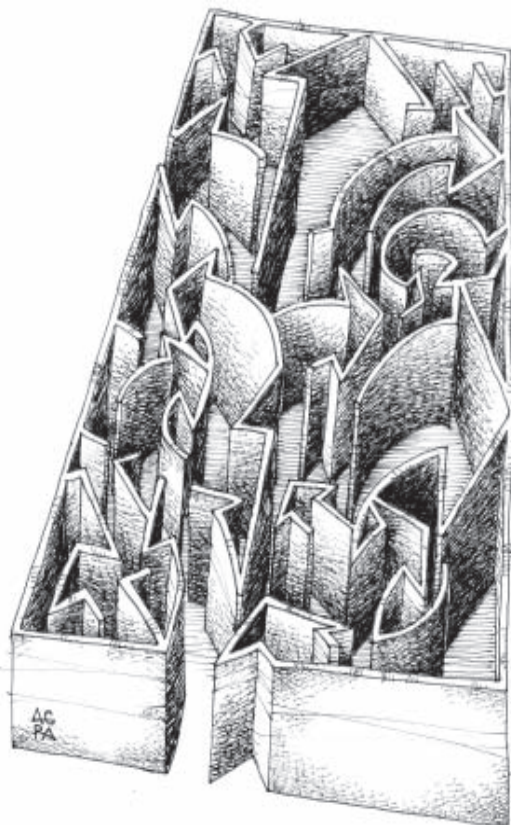
*El nuevo gobierno
se propone cambios
en casi todas
las áreas,
pero no cambios
drásticos
sino muy graduales*

*Los elogios
de las derechas
al gobierno de Brasil
dan a pensar que
aunque el consenso
de Washington
pierda la elección
ganará el Gobierno*

te, las expectativas acumuladas –grandes pero, en general, prudentes y pacientes– podrían ser atendidas paulatinamente. La indigencia se reduciría a porcentajes muy pequeños y la pobreza sería sustancialmente abatida, aunque probablemente persistiría un «núcleo duro». Políticamente, la izquierda consolidaría su mayoría y quizás dentro de ella la figura más favorecida llegaría a ser el propio Astori. Más en general, el «batllismo posible» del siglo XXI cobraría cuerpo.

Escenario de la reaparición de la crisis. La historia de América Latina, con sus ciclos de prosperidad y de recesión, ilustra de manera elocuente el peso del acontecer internacional. Las relaciones internacionales son un peso muy importante para un pequeño país periférico como Uruguay, altamente endeudado y, sobre todo, dependiente de fuerzas productivas con escaso valor agregado de conocimientos y calificación, en las que, además, la inversión ha sido históricamente baja. Por desgracia no es difícil imaginar distintas constelaciones de factores externos que induzcan ya sea a crisis abruptas –como la padecida en 1982 y reiterada 20 años después–, ya sea a un periodo de estancamiento como el que se inició a fines de la década de los 50. En tal caso, la problemática social volvería a agudizarse. El gobierno de izquierda debería enfrentar desafíos grandes e inmediatos con escasas herramientas. La oposición, hoy débil, tendría su oportunidad. Económica y políticamente, se viraría del optimismo a la incertidumbre. Se afirmaría el subdesarrollo y la dependencia del país.

Escenario del estímulo externo insuficiente. Inicialmente, este caso solo difiere del primero en una cuestión de grado. Los factores externos no son lo suficientemente favorables para evitar problemas en la balanza comercial y en la recaudación impositiva, lo cual podría complicar la atención simultánea a la deuda externa y a la «deuda social» interna. Tales avatares se retroalimentarían con una inversión externa menos significativa. Con todo, los recursos disponibles así como una gestión pública más eficaz y socialmente más sensible que las precedentes posibilitarían la atención a numerosas demandas sociales, pero el arbitraje entre ellas sería más difícil y conflictivo. La izquierda mantendría su primacía, pero el debate se instalaría a su interior entre opciones más «ortodoxas» y propuestas más «heterodoxas», que se referirían a las estrategias de los distintos gobiernos de izquierda en la región. En este contexto, podría incluso reaparecer la cuestión del desarrollo integral a largo plazo y un abanico de opciones se abriría.



Conclusión: algunas preguntas generales

Después del fracaso y agotamiento del proyecto de las izquierdas latinoamericanas de instalar un modelo de desarrollo y de sociedad completamente diferente, la rueda de la historia siguió girando y hoy las izquierdas han adquirido una nueva influencia. El fenómeno, aunque pone en evidencia tesón y destreza política, se explica más por el rechazo a las políticas del consenso de Washington que por la originalidad y el atractivo de las propuestas de las izquierdas actuales. Cuando éstas ya no se caractericen por un proyecto claro y específico, ¿cuál será su papel histórico real?

El rechazo del consenso de Washington llevó a la presidencia de Argentina a Fernando de la Rúa, quien encabezaba una alianza de centro-izquierda que, carente de programa propio, gobernó y se hundió con el programa neoliberal. Los re-

gímenes latinoamericanos de izquierda no pueden ni quieren resignarse a implementar un proyecto ajeno, aunque poderosas fuerzas los impulsan en esa dirección. Los elogios que voceros de las derechas –por ejemplo en Uruguay–, prodigan al gobierno de Brasil dan a pensar que aunque el consenso de Washington pierda la elección ganará el Gobierno. ¿No sucedió algo así en Ecuador?

En una perspectiva de largo plazo, se destaca que quienes tuvieron la iniciativa ideológica –durante gran parte de los años 60 las izquierdas; durante los 80 las derechas– desembocaron en un fracaso político considerable. De esa experiencia, larga y dolorosa, ¿estará emergiendo un nuevo consenso «al centro»?

Cosa parecida se sostiene desde hace años. Por ejemplo, Bresser Pereira habla del programa de «la centro-izquierda social-liberal», que, afirma, fue adoptado por la centro-derecha pragmática, las elites internacionales, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. El Estado sería reconstruido en torno de la protección a los derechos sociales y el impulso al crecimiento sobre todo

mediante mecanismos y controles de mercado, combinados con una prudente política macroeconómica como sustento para la competencia internacional. Quizás Brasil avance en esa dirección, cuyo mejor ejemplo es sin duda el Chile de Lagos. ¿En Uruguay el social-liberalismo encarnará en el «batllismo posible» del siglo XXI?

Los sectores más a la izquierda, en Uruguay como en otras partes, miran a Néstor Kirchner y sobre todo a Hugo Chávez. La «alternativa bolivariana» revive la prédica anticapitalista. ¿Recobrará fuerza la temática del socialismo, en ese u otro marco?

Ambos presidentes simbolizan hoy el retorno de un fuerte intervencionismo estatal, que cuenta con gran apoyo popular –en particular por su enfrentamiento al neoliberalismo y a la pavorosa miseria que generó– así como con una favorable coyuntura económica externa. ¿Cuán determinante llegará a ser este cuestionamiento a la primacía «mercado-céntrica»?

En cualquier caso, conjeturamos que los efectos duraderos de esta nueva ola democratizadora que protagonizan las izquierdas dependerán en gran medida de su capacidad para conjugar propuestas para un nuevo desarrollo con la profundización de la democracia y la búsqueda de formas eficientes de la igualdad (Arocena). Concentrar la atención en el corto plazo ha brindado réditos tangibles. ¿Descuidar el largo plazo seguirá siendo lo más práctico para las izquierdas?

Bibliografía

- Arocena, R.: «América Latina después de las transiciones: calidad de la democracia, nuevo desarrollo y equidad preactiva» en *Iberoamericana* N° 16, 2004, pp. 158-162.
- Bresser Pereira, L.C.: «Reforma del Estado en los años noventa: lógica y mecanismos de control» en F. Carrillo (ed.): *Democracia en déficit. Gobernabilidad y desarrollo en América Latina*, BID, Washington, 2001, pp. 111-137.
- Carrillo, F. (ed.): *Democracia en déficit. Gobernabilidad y desarrollo en América Latina y el Caribe*, BID, Washington, 2001.
- Cavarozzi, M.: «Partidos políticos, desestatización y reforma estructural: ¿el retorno de la política en América Latina?» en F. Carrillo (ed.): *Democracia en déficit. Gobernabilidad y desarrollo en América Latina*, BID, Washington, 2001, pp. 189-215.
- Filgueira, F., A. Garcé, C. Ramos y J. Yaffé: «Los dos ciclos del Estado uruguayo en el siglo XX» en *El Uruguay del siglo XX. La Política*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2003.
- Huntington, S.: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona, 1994.